

Poesía irlandesa del siglo XX

Poetas irlandeses de la talla de William Butler Yeats, Louis MacNeice, Patrick Kavanagh y Seamus Heaney, por mencionar a algunos, han contribuido a enriquecer la tradición de la poesía en lengua inglesa. Sin embargo, es necesario afirmar que la poesía irlandesa tiene su propia tradición, anclada en sus antiguas leyendas y mitos, su lengua amenazada y sus fronteras asediadas. Los viejos temas que Joyce identificó: la patria, la familia y la religión, son explorados por los poetas desde perspectivas siempre cambiantes, marcadas por la guerra, el exilio, la división, el dolor y el escepticismo. Los poemas que presentamos son parte de una investigación sobre poesía irlandesa contemporánea que se está llevando a cabo en el seno del Seminario Permanente de Traducción Literaria de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, con el fin de elaborar una antología que dé a conocer al público de habla española la riqueza y la intensidad de la palabra escrita por poetas de las dos Irlandas en este siglo.

Eva Cruz Yáñez

Thomas Kinsella

Endimión

Primero no había nada. Después un espacio cerrado.
La escasa luz lo mostraba durmiendo.
Avancé sigilosa y me incliné; la luz tornóse más brillante,
y vi que provenía del interactuar de nuestros seres.
Ardía en silencio mientras yo sus párpados besaba.
Me enderecé y se disolvió: de la palidez de él
y los muros fulgurantes con su espesura carnosa

(grandes y torpes alas, encrespadas, la mirada enorme de mochuelo)
en tanto una única gota hizo eco en las profundidades.

(Traducción de Jorge Alcázar)

John Montague

Una lengua injertada

(Muda,
sangrienta, la cabeza
arrancada se atraganta ahora al
hablar otra lengua –

como en
un largo sueño reprimido,
mi tartamudeante y torcida
ordalía)

Un niño
irlandés llora en la escuela
al repetir su inglés.
Después de cada desacierto

el preceptor
marca otro tajo
en la tablilla
colgada de su cuello

como cencerro
de una vaca, manea
de un chivo descarriado.
Farfullar y trastabillar

avergonzado
las sílabas alteradas
de tu propio nombre:
vagar tristemente a casa

y encontrar
que la ahumada anchura
del hogar de tus padres
se va tornando ajena:

en la cabaña
y el campo, todavía
hablan la lengua antigua.
No puedes saludar a nadie.

Que te crezca
una segunda lengua es
humillación tan cruel
como nacer dos veces.

Décadas más tarde
el habla del nieto de ese niño
tropieza con sílabas
perdidas de un viejo orden.

(Traducción de Nair Anaya Ferreira)

Seamus Heaney

San Kevin y el mirlo

Y luego venía San Kevin con el mirlo.
El santo aparece de rodillas, con los brazos extendidos
en su celda, pero la celda es estrecha, así

que una mano, palma arriba, sale por la ventana, rígida
como viga, cuando un mirlo se posa en ella
y pone sus huevos y se acomoda para empollar.

Kevin siente los tibios huevos, el pequeño pecho, la pulcra
cabeza y las garras retraídas y, descubriéndose unido
a la trama de la vida eterna,

se compadece: ahora tiene que mantener la mano
como rama, fuera, bajo el sol y la lluvia durante semanas
hasta que los polluelos nazcan y emplumen y vuelen.

*

Pero, como todo esto es imaginario,
imaginaos que sois Kevin. ¿Cómo está?
¿Olvidado de sí, o sufriendo todo el tiempo

del cuello abajo, hasta sus doloridos antebrazos?
¿Se le duermen los dedos? ¿Todavía siente las rodillas?
¿O por él ha subido el vacío ciego de la

profunda tierra? ¿Existe la distancia en su cabeza?
Solo y claramente reflejado en el hondo río del amor
ora: ‘trabajar sin buscar recompensa’,

una plegaria que sólo su cuerpo hace,
pues él ha olvidado el yo, ha olvidado el ave
y, en la ribera del río, ha olvidado el nombre del río.

(Traducción de José Juan Dávila Sota)

Michael Longley

La industria del lino

Al morir las flores azuladas, arrancamos
la fibra a puños y la echamos en el cenagal
a que se pudra hasta el hueso, o alzamos fajinas
que imitan faldas de una bailarina invisible:

así formamos parte de la industria del lino,
y seguimos sus procesos a la ciudad pringosa,
donde encierran los campos en tiestos de ventana
y apenas hay lugar entre las enormes máquinas.

Pero incluso en nuestro desván, bajo el tragaluz,
 como vestidos de nieve renuente a derretirse,
 nos amamos sobre un césped blanquecido, valle
 por entero arropado en telas que el sol armaña.

¿Qué es la pasión sino abatanar tallos necios
 y luego dulce peinar fibras como cabellos
 y trenzarlas hasta que sean ropas de bautizo,
 vestimentas de una boda o de un funeral?

Ya que al fin de la jornada duele sabernos
 últimos practicantes de un oficio que muere,
 séanos el lino casamentera o enterrador,
 quien nos dé sábanas para esta o aquella cama...

y ten pudor, no muestres tus pechos a la muerte,
 di que te ves más hermosa vestida de lino
 con enaguas blancas; el lazo de tu corpiño:
 mariposa al servicio de un bordado de flores.

(Traducción de Alfredo Michel Modenessi)

Eiléan Ní Chuilleanáin

La informante

Al pie de la fotografía
 de la vieja sentada a la mesa de la cocina
 con una ventana al fondo (fucsias, un gallinero, el mar)
 están registrados: su nombre y edad, la ocupación de su difunto esposo
 (aforador), su lugar de nacimiento, no aquí
 sino en otra parroquia, cerca del camino principal.
 Está sentada con la tetera a la mano
 y unos panquecillos que preparó esa mañana
 para el joven que ahora escucha la grabación
 de la voz que cambia, que cuenta la historia,
 y se oye a sí mismo preguntar,
¿Alguna vez lo vio usted con sus propios ojos?

Una vez lo vi.

¿Puede describirlo? Pero el sonido
se dispara como la turbina de un avión, la máquina
enloquecida, un rasguído, una tormenta
eléctrica. Luego una puntada de silencio.
Algo se ha perdido, la voz continúa
ahora más tranquila,

“Los cabellos
jalados hacia arriba, como si se quitara
una camisa de aire. La cara se inclinó
y los ojos se entrecerraron, como esforzándose
por mirar el centro de una caldera.
El hombre se destejió
hasta convertirse otra vez en un nudo, un hilo oscuro”

¿Luego qué pasa?

La persona desaparece.
Por un tiempo sigue ahí y habla
con voz de niño. No se lo ve, y
hay que dejarle comida, y tener cuidado
dónde se tira el agua después de lavarse los pies.

¿Y luego se va?

Se va, después de un tiempo.

*¿Le parece esto más extraño que el milagro anual
del pan que se convierte en niño?*

Bueno, eso es natural, dice ella,
yo misma a menudo preparé el pan para eso.

(Traducción de Charlotte Broad y Claudia Lucotti)

Eavan Boland

Hijo de nuestro tiempo

Ayer no sabía canciones de cuna
pero de la noche a la mañana me enseñaste
a concertar esta canción, que toma de tu grito final
su melodía, de tu fin irrazonado su razón;

su ritmo de la discordancia de tu asesinato,
su tema del hecho de que no escuchas más.

Nosotros que debimos saber enseñarte
rimas para tu despertar, ritmos para tu sueño,
nombres para los animales que llevabas a la cama,
cuentos para distraer, leyendas para proteger,
más tarde un idioma que conservarás y, viviendo,
aprendieras, tenemos que aprender de ti, muerto,

a hacer que nuestras imágenes rotas se reconstruyan
en torno a tus miembros, a tu imagen rota,
a encontrar, en memoria tuya, qué vida pagó el precio de
nuestras palabras vanas, un nuevo lenguaje. Hijo
de nuestro tiempo, nuestros tiempos han robado tu cuna.
Duerme en un mundo que tu sueño final despertó.

(Traducción de Eva Cruz)

Ciaran Carson

Mano sangrienta

Tu hombre, dice el Hombre, *entrará al bar de esta manera*
y aquí sus dedos
imitan un par de piernas, una de ellas rígida de la rodilla
—con lo cual sabrás qué hacer
exactamente. Se llevan un dedo a la cabeza. Haz como si fuera
juego de niños—
la mano podría ser la boca de un caballo, un conejo o un perro.
Cinco palmadas.
Las paredes oyen: las sombras que arrojas son las sombras
que intentas rechazar.

Ahogué la llama entre dedo y pulgar. ¿Fue la mano izquierda
arrancada desde la muñeca y arrojada a las playas de Ulster? ¿Existió
Ulster? ¿O la Mano Derecha de Dios, diciendo *Detente* a esto y *No* a eso?
Mi pulgar es el martillo de un revólver. El pulgar sube. El pulgar baja.

(Traducción de Federico Patán)

Paul Muldoon

Tregua

Todo comienza con uno o dos soldados
y uno o dos siguiéndolos
con cestos sobre los hombros.
Parecieran estar de cacería

como cualquier otra Navidad,
con tal cautela dan el paso.
Nadie parece estar seguro de qué hacer
todos se detienen cuando alguien se detiene.

Prenden el fuego. Algunos extienden
sus sobretodos en el campo helado.
Vodka polaco, fruta y pan
se dividen y pasan de mano en mano.

La tonada de una vieja canción alemana,
las reglas del solitario, son los secretos
que compartirán dentro de poco.
Fuman sus últimos cigarros

como los amantes de viernes por la noche, al terminar,
se levantarían de sus colchones
para felicitarse
e intercambiar nombres y direcciones.

(Traducción de Argentina Rodríguez)

Nuala Ní Dhomhnaill

Albada

A la mañana le da igual sobre qué amanece:
sobre riñas de grajos en árboles frondosos;
sobre ese dandi de los pantanos, el pato deslizándose
garboso entre los carrizos; sobre la zancuda

de blanca enagua que baila por la marisma;
sobre el ostrero de puntitas a la bajamar.

Al sol le da igual sobre qué sale:
sobre ventanas que dan a plazuelas dieciochescas;
sobre enjambres de abejas bombardeando jardines suburbanos;
sobre parejas de jóvenes que bostezan al unísono antes
de hacerlo otra vez; sobre el rocío como sudor o lágrimas
en los lirios y las rosas; sobre tus hombros desnudos.

Pero a nosotros no nos da igual que se acaben
las horas de la noche; que debamos conformarnos con los hechos
de hoy, inclinarnos y pegar de algún modo
los fragmentos insignificantes de nuestras vidas, para que
nuestros hijos puedan beber agua en tazones rotos,
no en el cuenco de las manos. No nos da para nada igual.

(Traducción de Flora Botton-Burlá)

Paula Meehan

La partida

Había caído tan dentro de sí mismo
que no podía tocarlo.
Aunque ya había preparado nuestra huida
él no quería moverse. Se sentaba
en su cuarto días enteros viendo manuscritos

o acomodando fotos de familia
en el estricto orden en que fueron tomadas.
Le rogué que se apurara pues
se acercaban las noches sin luna;
había que andar dos noches a través del bosque.

Hacía poco los soldados habían llegado al barrio.
Cada golpe en la puerta me aterraba,
sus pesadas botas en la escalera.
Nuestros amigos recomendaban prisa;
muchos vecinos ya estaban en prisión.

Sus ojos eran soles gemelos que ardían.
El silencio su respuesta a mis súplicas.
Empaqué un cambio de ropa, la mitad
de las últimas raciones,
el anillo de oro de mi madre para el trueque.

A primera vista pasarían los papeles.
No era por mí que yo partía sino
por la nueva vida que llevaba.
En la frontera lo recordé —esa última mañana
junto a la ventana mirando al sol
pavonearse a los largo de la calle, reflejando
el desfile de las nubes. Llevaba
la camisa negra que yo bordé de estrellas
y no decía nada. Nada.
entonces el guía me hizo avanzar.

Entre un recorrido y otro
del reflector, me escurrí hacia otro estado
con gratitud, encubierta por la oscuridad.

(Traducción de Marina Fe)